

Prólogo

En virtud de su naturaleza, el hombre no puede desear que Dios sea Dios; al contrario, la esencia de su evolución sólo puede consistir en ser Dios él mismo y no permitir que Dios sea Dios.

MARTÍN LUTERO

Entre las varias definiciones posibles de nuestra época en términos negativos –“era del vacío”, espacio calcinado de la “derrota del pensamiento” o del “imperio de lo efímero”, lugar de la desfundamentación y del descentramiento o, en fin, de la “crisis de los grandes relatos”– pocas han sido tan difundidas como la que Heidegger ha denominado como *la era del nihilismo*. Y así, a raíz del 11 de septiembre en Nueva York (11-S) un filósofo francés, André Glucksmann, no ha dudado en razonar que en la medida en que “los terroristas se han arrogado ante el

mundo el derecho a matar a quien sea, los europeos nos vemos forzados hoy a escoger, con y no contra Estados Unidos, entre nihilismo y civilización”. Un *nihilismo terrorista*, el de un terrorismo convertido en su propio fin, cuya peste habría olfateado ya, por cierto, Dostoievski “en la Santa Rusia”. Nada nuevo. Por lo demás, ya Óscar Wilde –y con él otros muchos en contextos menos literarios– se refirió en su drama de 1881 *Vera o los nihilistas*, a los revolucionarios prebolcheviques en esos términos; algunos particularmente resonantes –o resonantes con particular fulgor–, se aprecian en su juramento:

Ahogar en mí hasta los últimos vestigios de la naturaleza; no amar ni ser amado, no conceder ni implorar piedad, no pedir a ninguna mujer en matrimonio ni aceptar marido hasta que llegue el día; apuñalar secretamente durante la noche; echar veneno en el vaso; incitar al padre contra la mujer; sin temor, sin esperanza, sin porvenir, sufrir, aniquilar, vengar.

El significado que en contextos menos extremos –o menos deudores de algunos de los más terribles aspectos de las luchas políticas, sociales y económicas de la modernidad tardía– acostumbra a asociarse con tan inquietante rótulo es, con todo, y como es bien sabido, otro, que tiene, incluso, otra génesis, inseparable, de acuerdo con una difundida convención, del tan influyente como ambivalente legado de Friedrich Nietzsche. De entre los grandes temas que ocupan y a la vez consuman la reflexión filosófica y crítico-cultural nietzscheana en su última gran fase “el nihilismo, el eterno

PRÓLOGO

retorno y el ultrahombre” es, sin duda, el primero, cuya plural tipología desarrolla Nietzsche “con raro vigor, cínicamente y con inocencia”, el determinante. Entre otras razones porque los otros dos presuponen todo ese cargado haz de razonamientos genealógicos y “desenmascaradores” que si bien por un lado entroncan con la parte central de su obra, por otra llevan ese inclemente diagnóstico de nuestra cultura y su desarrollo al que remite, quizá ya para siempre, su nombre. Nada tiene, pues, de extraño que Nietzsche, para quien la “muerte de Dios” constituía “el acontecimiento más importante de los últimos tiempos”, llegara incluso a autoasignarse explícitamente, a la vez que reclamaba para sí la condición de “primer nihilista consumado de Europa”, el papel de cronista de su advenimiento, del necesario advenimiento del nihilismo europeo:

Lo que cuento es la historia de los dos próximos siglos. Describo lo que viene, lo que ya no puede venir de otro modo: el advenimiento del nihilismo. Esta historia puede ser contada ya: porque es la propia necesidad la que está aquí en acción. Este futuro habla ya en cien signos, este destino se anuncia por doquier; para esta música del futuro todas las orejas están ya alerta. Nuestra entera cultura europea se mueve desde hace ya mucho con la tortura de una tensión que crece de siglo en siglo, *como hacia una catástrofe*: intranquila, violenta, desbordada: como un torrente que quiere llegar cuanto antes a su fin, y que ya no reflexiona, que teme reflexionar.

Un advenimiento necesario, que no lo es, desde luego, por obra de la propia reflexión nietzscheana, sino

de aquello de lo que ella misma es también consecuencia: la sustancia nihilista del proceso civilizatorio de Occidente –de su religión, de su metafísica y de su moral– en cuanto proceso de progresivo vaciamiento y anulación de las categorías (*unidad, fin, ser*), es decir valores, realidades y criterios últimos que siglo tras siglo fueron constituyendo su sentido, y que venían finalmente a revelarse (hasta ese “todo carece de sentido” con el que el nihilismo da finalmente en identificarse) como lo que realmente son:

¿Por qué es necesario el advenimiento del nihilismo? Porque son nuestros propios valores, los valores en los que hasta este momento nos hemos apoyado, los que en él extraen su última consecuencia; porque el nihilismo es la lógica pensada hasta el final de nuestros propios valores e ideales; porque tenemos que experimentar el nihilismo para poder, al fin, estar en condiciones de percibir qué era realmente el valor de aquellos “valores”...

Nihilismo: falta el objetivo (la finalidad); falta la respuesta al “¿por qué?” ¿Qué significa el nihilismo? Que los valores supremos se desvalorizan.

Lo decisivo es el escepticismo ante la moral. La decadencia de la interpretación moral del mundo para la que no cabe encontrar ya sanción suprema alguna, una interpretación que ha buscado, además, refugiarse en el más allá, termina en el nihilismo: “Todo carece de sentido”.

Nietzsche no ignoró nunca, por otra parte, lo implausible de recubrir tan vasto y hondo fenómeno con un único rótulo, forzosamente reductivo. Y así dio en

PRÓLOGO

distinguir, por ejemplo, entre un *nihilismo meramente negativo*, que sobreviene cuando el centro de la vida no está situado en la vida misma, sino en la nada; un *nihilismo reactivo* propio de ese momento del espíritu en el que, innecesaria ya la hipótesis extrema de un Dios trascendente y de un orden moral fijo del mundo, el hombre decide convertirse, automagnificándose, en fuente única y casi divina de sentido; un *nihilismo pasivo*, signo de debilidad y de fatiga, que emerge con gesto abrasador cuando esa síntesis de valores y fines (sobre la que descansa toda cultura fuerte) se diluye en un marco general de desagregación y decadencia y un *nihilismo activo*, creador, experimentador y propositivo. El filósofo alemán dejó, por otra parte, abierta la posibilidad de identificar igualmente como *nihilismo* ese estadio civilizatorio presuntamente “normal” en el que los valores supremos habrían vivido hasta el final su proceso de desvaloración y los hombres sabrían bien que deben, y pueden vivir sin respuesta fija al gran “¿por qué?”.

Y por otra parte (y con ello llegar quizá a la entraña profunda de su operación crítico-genealógica), hizo caer sobre el Cristianismo, en cuanto *platonismo para el pueblo* y lugar privilegiado de institucionalización y difusión del pensamiento “moral”, el veredicto de nihilismo. Un nihilismo que estaría conociendo en ese “momento de transición” en el que el propio Nietzsche creyó estar viviendo su estadio final, dado lo innecesario “ya” de su hipótesis *extrema* de fondo:

¿Qué ventajas ofrecía la hipótesis cristiana de la moral?

1. Confería al hombre un valor absoluto, en contraposición a su pequeñez y a su “contingencia en la corriente del devenir y el desaparecer”.
2. Servía a los abogados de Dios, en la medida en que dejaba al mundo, a pesar de la miseria y el mal el carácter de perfección –incluida aquella “libertad”. El mal parecía lleno de sentido.
3. Daba a los hombres un saber de valores absolutos, procurándoles así un conocimiento adecuado precisamente para lo más importante.
4. Impedía que el hombre se despreciara en cuanto hombre, que tomara partido contra la vida, que desesperara del conocimiento: era un medio de subsistencia.

Para quien por fin es capaz de situarse “mas allá de lo bueno y de lo malo”, la interpretación moral cristiano-platónica convierte, sin duda, al mundo insostenible, dada su negación del mundo real en nombre de un mundo verdadero o del ser en nombre del deber, ser que ella misma representa. Durante siglos, sin embargo, el Cristianismo habría intentado reconciliar al hombre, “un hombre cuya vida transcuriera en condiciones de extrema precariedad y dureza”, consigo mismo y con el mundo. Al precio, claro es, del ensombrecimiento, del empequeñecimiento, del empobrecimiento del hombre, sólo la más mediocre e insignificante especie de hombres, la de los hombres del rechazo, habría, en consecuencia, encontrado ahí su hora. Sólo esa especie se habría visto impulsada y sólo ella habría podido sentirse reforzada. En nombre y al hilo de una ficción,

PRÓLOGO

cierto, pero de una ficción que no dejaba de ser por sí sola, máscara e instrumento a un tiempo de una determinada voluntad de poder: “en la historia de la moral se expresa... una voluntad de poder mediante la que, bien los esclavos y oprimidos, bien los fracasados y atormentados por ser como son, bien los mediocres hicieron el intento de imponer los juicios de valor más favorables para ellos”.

Pero la cuestión del nihilismo surge con la fuerza polémica que siempre le ha acompañado incluso antes de que Nietzsche la llevara en un momento particularmente crítico, al primer plano del debate de las ideas. Así lo hace constar Vicente Serrano y así lo desarrolla con inteligencia, sabiduría y originalidad nada comunes en el libro que el lector tiene ahora entre sus manos. Mérito principal del mismo es, con todo, la audacia de la perspectiva escogida: la de la disyuntiva, inseparable del “universo cerrado del Cristianismo”, que formulara Jacobi en su día. La disyuntiva, por decirlo sumariamente, “entre Dios y la nada”. Fiel a ella, y elevándola a la condición de eje hermeneúutico, Serrano reconstruye los hitos fundamentales del proceso, atendiendo especialmente al propio Jacobi, pero también a los “grandes” del idealismo alemán: Nietzsche, Heidegger, Foucault; a las diversas teorizaciones posmodernas o no de los últimos tiempos, con resultados nada triviales, desde luego, y que tienen poco que ver como en el caso de Nietzsche, un Nietzsche que habría asumido el Anticristo como “lógica necesaria del de un cristiano auténtico” con los tratamientos usuales de

NIHILISMO Y MODERNIDAD

la cuestión. Es posible, en efecto, que haya más teología en la filosofía contemporánea, allí donde su presencia se manifiesta bajo la forma de una abrasadora ausencia, que allí donde se ofrece a rostro abierto. Ese es, en cualquier caso, el desafío hermenéutico de este trabajo memorable. Memorable también por su materialismo crítico de fondo.

Jacobo Muñoz
Universidad Complutense de Madrid